

Formación: apuntes para su comprensión en la docencia universitaria¹

Training: notes for its understanding in university teaching

Luz Amparo **Villegas Durán**

Universidad de Caldas (Colombia)

E-mail: villegama@une.net.co

Resumen:

La formación, tal y como se la emplea hoy día, se refiere principalmente a actividades o prácticas cuyo objetivo raramente es preciso y el resultado siempre insuficientemente estudiado. La formación concierne al porvenir del hombre. Por consiguiente, y para esclarecer el significado de la formación, partiremos de considerar al hombre como un ser en desarrollo, en evolución y en constante transformación.

De igual manera formación es la experiencia como capacidad de reflexión sobre la historia misma del sujeto. Así, la formación aparece menos como un objeto definido y más como la experiencia promovida en el acto a través de hechos precisos. En cada una de las posturas descritas en el ensayo, observamos que la formación adquiere el estatuto de concepto a través del cual se busca dar cuenta de problemas, enfocados de modo muy diverso, en sus tradiciones intelectuales específicas, y que se refieren a la educación, la pedagogía, la didáctica, la formación, la escuela, las ciencias, las artes y las disciplinas. Estas particularidades, entre muchas otras y entre problemas particulares, señalan cómo la formación y la enseñanza para titular un profesor giran entre conocimiento y experiencia.

De allí que las prácticas de formación de profesores universitarios se conviertan en un espacio obligado para la discusión, análisis y confrontación de los problemas que enfrenta la cultura académica y profesional en la Universidad hoy. De esta manera, la formación puede dejar de ser reducida a la *instrumentalización de técnicas y metodologismos* de enseñanza para llegar a ser el lugar de la experiencia y de la construcción de disciplinas, saberes y ciencias

Palabras clave: Formación, docencia universitaria, técnicas, metodologías, construcción de conocimientos.

Abstract:

The formation, as is used it nowadays, it mainly talks about to activities or practices whose objective rarely is precise and always the insufficiently studied result. The

formation concerns the future of the man. Therefore, and to clarify the meaning of the formation, we will start off to consider to the man like a developing being, in evolution and constant transformation.

Of equal way formation it is the experience like reflection capacity on the same history of the subject. Thus, the formation appears less like a defined object and more like the experience promoted in the act through precise facts. In each one of the positions described in the text, we observed that the formation acquires the statute of concept through as looks for to give account of problems, focused of very diverse way, in its specific intellectual traditions, and that the education, pedagogía, the Didactics, the formation, the school, sciences, the arts and the disciplines talk about. These particularities, between many others and particular problems, indicate how the formation and education to title a professor turn between knowledge and experience..

From which the practices of formation of university professors become a space forced for the discussion, analysis and confrontation of the problems that the academic and professional culture in the University faces today. This way, the formation can let be reduced to the instrumentalización of techniques and metodologismos of education to get to be the place of the experience and the construction of disciplines, knowledges and sciences.

Key words: Training, university teaching, techniques, methodologies, construction of knowledge.

* * * * *

La formación, tal y como se la emplea hoy día, se refiere principalmente a actividades o prácticas cuyo objetivo raramente es preciso y el resultado siempre insuficientemente estudiado. La formación concierne al porvenir del hombre. Por consiguiente, y para esclarecer el significado de la formación, partiremos de considerar al hombre como un ser en desarrollo, en evolución y en constante transformación. Ciertamente, el Hombre aparece aquí como un concepto fundamental de las Ciencias Humanas², sobrepasa la simple adecuación de lo biológico y racional para figurar en otras dimensiones. Sus relaciones con el entorno, las sensaciones y afirmaciones que vive como sujeto de razón y sentido, la experiencia propiciada a través del actuar, la capacidad para crear simbologías y relaciones de cultura. En general, el concepto de Hombre es una intensa idea, un lugar donde todas las ciencias –desde aquellas ancladas en el positivismo hasta las que participan en el ámbito de las Ciencias del Espíritu– se han dado un tiempo prudencial para reflexionar su carácter y condición. En lo que denominamos Hombre encontramos la relación más original sobre la formación. Todo su desarrollo nos indica, modestamente, la fragilidad y el poder que tanto lo caracterizan, pero sobretodo, nos alerta sobre su destino. En el concepto de Hombre hallamos la idea del viaje, el encuentro con un algo desconocido y sobre lo cual poco podemos decir: su retorno. De esta manera,

² Ferry L., Vincent Jean- Didier. (2001). *¿Qué es el hombre?*, España, Taurus. Este texto nos ilustra con bastante precisión los interrogantes sobre el hombre más allá del simple “biologismo”. La apuesta filosófica es, a todas luces, importantísima para nuestro medio. Esto, porque esclarece el concepto de hombre al ponerlo de frente al mundo “du vécu”

para Hegel, la formación es la transformación de la esencia humana, previo reconocimiento de que el ser, en términos de lo que debe ser, resulta indefinible en razón de que éste no es, sino que en su devenir va siendo; es una tarea que le resulta interminable. Por ello necesita de la formación para llegar a ser lo que en su devenir logra ser.

El devenir como «galicismo comporta múltiples significados, a veces se le utiliza como sinónimo de «llegar a ser», a veces como sinónimo de «ir siendo», algunas veces se le emplea para designar «el cambiar o el moverse»³ Este concepto destaca el proceso de ser o, si se quiere, «el ser como proceso». Pues bien, dado que la formación es un proceso de cambio, se reconoce que éste promueve una reorientación sustancial del ser. Cuando un sujeto alcanza cierto dominio sobre sus pasiones, desencadena nuevas y originales formas de pensamiento, crea mecanismos de identidad y alcanza una cierta imagen, decimos que se ha formado. Dicha formación aparece como el movimiento entre un *ser-estar* y un *ser-no estar*. A la primera corresponden todas aquellas condiciones originales propia al sujeto; las segundas expresan las modificaciones y desprendimientos que el sujeto elabora en su beneficio. Desde esta perspectiva, entonces, diremos que la formación es la trascendencia que el Hombre alcanza a través de su devenir.

En concordancia con el devenir, observamos los trabajos del filósofo Gadamer (2001), para quien la formación es uno de los conceptos fundamentales de las Ciencias del Espíritu y, particularmente, uno de los conceptos básicos del humanismo (p. 38). En efecto, en este concepto es donde más claramente se hace perceptible lo profundo que es el cambio espiritual – *devenir del ser-* (p.38). Así, el cambio al que se refiere el hermeneuta no se comprende sino en el paso de una a otra situación del ser, mucho más elevada, más compleja y, en cierto modo, mejor sedimentada. Es el modo de percibir que procede del conocimiento y del sentimiento de toda la vida espiritual y ética y se derrama armoniosamente sobre la sensibilidad y el carácter (p.39). En esta frase retomada de Humbolt, Gadamer nos insinúa la transformación del ser del sujeto desde el conocimiento, el despliegue de la capacidad de ver en cuanto ella es sensibilidad y carácter. La sensibilidad es la expresión más abierta del espíritu, permite que un sujeto pueda maravillarse de las cosas que le rodean, de las expresiones del arte y de la poesía que crea la armonía de la naturaleza. Ser sensible es tener el espíritu abierto para ver el mundo de otro modo. El carácter es la firmeza del ser que busca, cueste lo que cueste, sobreponerse a su propia condición. Se dice que alguien tiene carácter cuando frente a situaciones determinadas pone de relieve su capacidad para asumirlas de manera original. Esta fuerza está ligada, que se quiera o no, con la identidad, con todo aquello que es el sujeto en su devenir. Por lo tanto, la formación en los términos en que este filósofo la presenta, desborda cualquier reduccionismo e instrumentalización. Ella es un poder y la habilidad que adquiere el sujeto al dotarse de sentido. Este movimiento tiene su epicentro en la apropiación incesante que él efectúa a lo largo de su vida. Siendo así, en la formación nada

³Mora Ferrater J. (2001). Diccionario de Filosofía (pp. 852), Barcelona, Ariel Filosofía.

desaparece, sino que se guarda a partir de lo cual el espíritu desarrolla unos niveles de percepción únicos. Este desarrollo lleva implícito el *tacto*, el cual entendemos como una determinada sensibilidad y capacidad de percepción de situaciones, así como para el comportamiento dentro de ellas, cuando no poseemos respecto a ellas ningún saber derivado de principios generales (Gadamer. 2001, 45). El tacto es, en general, inexpresado e inexpresable. Esto último sugiere que tal acto es una forma de sensibilidad por la cual un sujeto puede decir algo en la suficiencia de tal decir, sin que para ello se proceda a enajenar la cosa velada. El tacto es, la mejor expresión de la prudencia, virtud que sólo se alcanza a través de la experiencia. Por lo tanto, la formación transforma lo rudimentario y natural del sujeto permitiéndole ser de otro modo, sensible y con carácter.

1. FORMACIÓN Y EDUCACIÓN

En estos términos, podríamos decir, de la mano de Rousseau, que la formación es la evolución de la educación del hombre. La formación es tener conciencia, haber comprendido en el pensamiento y en la imaginación la educación del hombre antes que ella se realice. Goethe concibe la formación como un viaje hacia el conocimiento y la cultura cuyo objetivo va cambiando en la medida en que cambian los umbrales del viaje de tal modo que siempre se está en proceso de formación y nunca formado. El hombre es el dueño de su destino. Su propio autor.⁴

En nuestro medio, varios son los intelectuales de la educación que reconocen en la formación un devenir del Hombre -Humberto Quiceno (1996), Rafael Campo y Mariluz Restrepo (1999) y muchos otros- afirman que la formación hay que entenderla como la conversión del hombre en sujeto; es decir, en autor de sí mismo. Formación conlleva una concepción sobre lo humano; sabernos no terminados y, en consecuencia, en necesidad de formación, de tomar forma. A cada ser humano le corresponde hacerse humano y, al lograrlo, continuar el proyecto de humanidad en el que está inscrito. En tal virtud, el ser humano es un ser no terminado; es una permanente y continua tarea por hacer para sí mismo y de sí mismo. Y esto no es un lujo que podría dejar de hacerse, sino que el "estar inacabado" pertenece a su misma condición humana, a su naturaleza⁵. Rafael Flórez (1990), en este mismo sentido, plantea que la condición de la existencia del hombre es formarse, integrarse; empezando por romper con lo inmediato y natural. Para él, la formación es un concepto eminentemente histórico, de autoconfiguración propia del hombre como ser temporal y que da origen a la propia identidad cultural.

⁴Larrosa, Jorge. Trayectos, escrituras, metamorfosis (la idea de formación en la novela). Barcelona: PPU. (1994). Citado por Quiceno, Humberto. (1995). El Instituto de Pedagogía: experiencia y experimentación, ASONEN, Hacia el rescate de la pedagogía. Memorias. Editorial Universidad de Antioquia, Medellín.

⁵El concepto de inacabamiento lo reconocemos ampliamente en el pensamiento kantiano. Especialmente en el texto Reflexiones sobre la pedagogía.

Pues bien, la formación se ha pensado en función de un algo, un espacio donde circulan, arbitrariamente, unos objetos de cultura. Dichos objetos aparecen públicamente expuestos ante los sujetos a través de diversas formas. En algunos casos, estos asumen la dimensión de saberes, otras de conocimientos. Cualquiera que sea el caso, los objetos de cultura se distribuyen, selectivamente, a partir de la institución escolar.

Por su parte, Olivier Reoul (1989, 16-18) nos advierte la necesidad de observar la formación a partir de la noción que mejor le corresponde: la de educación. A ésta se le comprende como el acto a través del cual se toma cuidado del infante desde la enseñanza y la crianza. Aquí la enseñanza se entiende como el campo de transmisión de los patrones de cultura que las generaciones adultas le transmiten a las generaciones más jóvenes. Si bien es cierto que este principio lo reconocemos en Durkheim, pues fue él quien tempranamente lo introdujera en la sociedad francesa, no obstante, parece mantenerse en nuestros días, por lo menos en las sociedades occidentales. Toda enseñanza comporta un grado de ritualidad. Ello es, no existe enseñanza que no esté soportada por actos de transmisión, los cuales reviven el tiempo de las generaciones adultas. Aunque dicho ritual se mantiene en las prácticas humanas, las condiciones contemporáneas nos advierten nuevos giros. Las generaciones más jóvenes le enseñan a las generaciones adultas. Este giro repentino en las prácticas del enseñar ha sido posible por el auge que han tomado, en las prácticas culturales, las tecnologías de la información y la comunicación, pero también por las formas de convivencia y las relaciones que todos los sujetos mantienen con el mundo. Hoy, educar no significa solamente una relación entre un adulto y un niño, también es la mutua comunicación que entre ellos se establece. El niño nos enseña tanto al punto que sus formas de responder a nuestras preguntas no asombran. Por esto mismo, Françoise Dolto decía que *"cualquiera que se dedique a escuchar las respuestas que los niños le dan a nuestras preguntas es un espíritu revolucionario"* (1985, 38)

Por esto mismo, pedagogos como Meirieu (2000, 85) nos dicen que la educación es una relación asimétrica, necesaria y provisional. En efecto, el carácter de la educación tiene que ver con la libertad del hombre y por ello, contiene el *educere* y *educare*. Entre estos dos conceptos aparece la idea de desprendimiento y conducción a la que tanto énfasis hicieron los iluministas. En consecuencia, la educación busca la libertad de los individuos, reconociendo en ellos la naturaleza y las posibilidades de "enderezar su condición primaria"⁶. La noción de desprendimiento exige la presencia de dos individuos. Uno, quien socialmente posee el poder de transmitir, el otro, quien está dispuesto, en principio, a dejarse afectar por las enseñanzas del adulto. La relación entre ellos es asimétrica, necesaria y provisional. Dado que la educación busca que el individuo se haga obra de sí mismo, alcance su plena autonomía y pueda decidir por sí mismo, es que ella es provisional. En estos términos, la educación se convierte en el terreno de la formación. Los valores que la educación promueve, a través de la enseñanza, se convierten en actos de formación. Estos actos

⁶ kant Emmanuel. (1974). *Réflexions sur l'éducation*, Paris, Vrin.

expresan, socialmente, la tradición y la modernidad. Entre ellas aparece lo más sutil e importante: la cultura.

2. FORMACIÓN Y CULTURA

Si bien es cierto que la educación, a través de la enseñanza, promueve un conjunto de valores, tal promoción no deja de ser arbitrario. Por lo general, los valores de la educación están inscritos en dos órdenes. Aquellos provenientes de la cultura ambiente y los que el poder reorganiza para transmitir, a través de agencias especializadas como la escuela, un cierto orden social y económico. Entre los dos emerge la cultura como el campo de referencia más importante para la especie humana. La cultura la entendemos como el cultivo de las capacidades humanas y como el resultado según ciertas normas⁷. Para Ortega y Gasset la cultura es un movimiento ondulatorio, un bracear del hombre en el mar sin fondo de su existencia con el fin de no hundirse; una tabla de salvación por la cual la seguridad radical y constitutiva de la existencia puede convertirse provisionalmente en firmeza y seguridad. La cultura se entiende como el ejercicio y esfuerzo del hombre en un devenir sin precedentes. Tal ejercicio es inesperado y en consecuencia natural. Tal devenir traduce diversas formas y dimensiones. El Arte, en el que se incuban unas formas originales de expresar todo aquello que el hombre percibe; la Música, como el lenguaje del espíritu, una forma de ver sin precedentes; el Cine, como la ventana que nos permite ver el mundo de manera mágica; la Poesía, que advierte el saber sobre el conocer; el Teatro, que busca relatar en actos aquellos hechos y sus diversas formas de memoria. Son múltiples y variadas las expresiones de la cultura. Por el momento diremos que ellas no son sino formas concretas de traducir hechos y actos.

Ahora bien, tratándose de la formación, es necesario reconocer cómo el acto de cultura logra traducirse en objetos específicos. Estos tienen la virtud de relatar dos grandes dimensiones. Por un lado, la vivencia, y sus formas de expresión, originan una cierta carga de valor. Cuando el sujeto expresa, en diversos lenguajes, lo que su espíritu ve, se dice que tiene un espíritu formado. Por otro lado, todo acto de expresión implica la adquisición de un cierto lenguaje. Esta forma, elaborada y típicamente organizada como campo de poder, tiene su génesis en las instancias escolar, familiar, política y religiosa. La escuela, es de algún modo, el espacio donde, a través de objetos de cultura, se busca que los sujetos puedan trascender y alcanzar una cierta forma. La familia prepara a los sujetos para que puedan desenvolverse en la vida a través del ritual de la iniciación. La sociedad, a través de diferentes sistemas educa a los sujetos para que aprendan a convivir y desempeñarse en un campo de la producción. Desde la perspectiva de la sociedad, el valor de la educación consiste en promover en los sujetos las formas más originales de la participación en los destinos de la sociedad. Ella demanda crítica, saber y elección. Finalmente, la instancia religiosa coadyuva en la reafirmación de un conjunto de principios morales (Pourtois y Desmet, 2000, 45-83). En su generalidad, las

⁷ Mora Ferrater J. (2001). Diccionario de Filosofía (pp. 762) Barcelona, Ariel Filosofía.

instancias de transmisión de los valores buscan promover formas originales de cohesión social, sin las cuales sería inoperante la vida humana en comunidad.

La cultura aparece como el fin último de la formación, puesto que ella traduce el devenir de lo hombre. Dicho devenir se inscribe en la doble lógica del "adquirir para ser". Si no se tienen los objetos de cultura, vía el saber, el individuo queda atrapado en unas formas de clasificación y de exclusión. Luego, para ser, es necesario que el individuo pueda adquirir dichos saberes de tal forma que a partir de ellos llegue a ser. Este "llegar a ser" es, desde cualquier punto de vista crítico, un arbitrario. Un sujeto puede ser, existir originalmente, sin pasar por el aprendizaje e incorporación de los objetos de saber oficializados en las instituciones educativas. Esta doble lógica instala, lo que Sunkel denominará acertadamente como el "consumo cultural" (Sunkel, 1989). En este texto, las formas más elaboradas del poder de la cultura se entienden como una agencia importantísima que crea, promociona y distribuye los respectivos objetos de saber. En lo que concierne a la formación de los docentes universitarios, el principio anteriormente señalado cobra total validez o, por lo menos, adquiere visibilidad. En un primer momento, se cree que un profesor es por el conjunto de objetos culturales que haya adquirido a lo largo de su escolaridad y menos por la experiencia vivida al margen de la institución cultural. En un segundo momento, el profesor lo es porque logra, críticamente, comprender las producciones del saber disciplinar gracias a las prácticas de vida que ejerce fuera del campo profesional (Tardif, 2003). En tal sentido, se advierte que el *ser culto* dista de la cantidad de saberes culturales adquiridos a lo largo de un proceso de formación. Se es culto porque el sujeto goza de una cierta forma original de comprender, explicar y transformar su medio. El profesor es culto porque, a lo largo y ancho de su práctica, hace visible las tres formas de experiencia señaladas.

Así, entonces, la formación es una actividad innata del espíritu y está referida a su condición de *inacabamiento*. El hombre busca su perfectibilidad; es decir, una totalidad que no excluya nuevas posibilidades. En dicha búsqueda, la experiencia orientará bajo la forma de fines y medios susceptibles de alcanzar la estatura del ser-acabado. Por esto mismo es que el concepto de formación es una finalidad última de la educación. Siendo esto, ella no puede verse reducida a una aparatosa instrumentalización; vista como un medio.

Finalmente, encontramos en el teórico francés, Michel Develay (1987, 38), que la formación es una educación que se materializa por una cierta visión de aprendizaje y del rol del docente y que da pie para que surjan, enseguida, los contenidos y modalidades de la formación. Justamente, desde una visión de la formación en la que el hombre recibe "saberes" del exterior que luego interioriza y resignifica, para, posteriormente, exteriorizarlos, es que el concepto de formación está íntimamente vinculado al de cultura; así se expresa en el planteamiento de Díaz Barriga al afirmar que "la formación es una actividad eminentemente humana, por medio de la cual el hombre es capaz de recrear la cultura" (Díaz Barriga, 1993, 43). La cultura deviene la finalidad última de la formación y ésta el fin último del educar. Mejor aún, el concepto de formación es el concepto que hace visible, junto con el educar, a la cultura. Así, tanto el

educar que busca siempre resolver las cuestiones ligadas con el Hombre y su emergencia en el universo, como el acto de formar tienen como finalidad volver visible a la cultura. Por consiguiente, ella no es instrumento, tampoco espacio desligado del educar y mucho menos deslindado del formar; más bien, es el medio a través del cual la formación y la educación tienen lugar.

3. FORMACIÓN Y DESARROLLO HUMANO

En el rastreo del concepto de formación se observa cómo entre educación y cultura aparece la pregunta fundamental del hombre: su desarrollo. Este se entiende como el despliegue de las capacidades en función del medio y los recursos que tal despliegue exige plenamente. Pues bien, la formación, siendo la “energía” irreducible a cualquier acto de instrumentalización, genera unos mecanismos de actuación, tanto en la cultura como en la educación. Así, para “ser formado”, se requiere de objetos de cultura o, por lo menos estar expuestos a ellos. Esto hace que la formación cumpla una función importante en el desarrollo humano de los sujetos. En primer lugar, los objetos de cultura y sus variadas prácticas le permitirían a los sujetos poder actuar en los contextos; en segundo lugar, los objetos de cultura adquiridos en los procesos educativos le facilitarían a los sujetos poder desplegar sus capacidades. Cuando un sujeto puede desarrollar libremente sus potencialidades éste alcanza un grado de seguridad y reconocimiento; en tercer lugar, las prácticas políticas de los sujetos serán más efectivas si éste ha adquirido los objetos de cultura, ha estado expuesto a ellos y los expresa bajo formas críticas y originales. Finalmente, en la libertad para desplegar los saberes y prácticas de cultura, se promueve el sentimiento social de la formación y, por ende, el logro del desarrollo humano. Así, entonces, diremos que este último sólo tiene lugar cuando, en asocio con las condiciones de vida material, el sujeto puede expresar, realizar y potenciar cada vez más su relación con la cultura. De ahí que, la educación sea fundamental para los sujetos, pues ella permite que estos logren alcanzar su pleno desarrollo. Este ha de entenderse como el pleno goce de sus capacidades y la consecución de la virtud y la templanza. Por lo tanto, la formación adviene un instrumento cuya función es develar y potenciar, a la vez, las condiciones de realización de lo humano. Para ello se reviste de presupuestos éticos fundamentales. Esto es, que la formación debe permitir el pleno desarrollo de la persona, sus capacidades y competencias en el contexto social, político y económico. Por tal razón, la formación nos advierte la función de lo humano.

Respecto a lo anterior, encontramos en Honoré la referencia a la formación como “función humana de la evolución”, evolución que está orientada a ciertos fines que tanto el individuo como la colectividad de la que forma parte han considerado relevantes para la especie humana. Esto significa que el ser humano, como ser en desarrollo, está en permanente construcción; es decir, en formación. Formación es, entonces, la acción de “dar forma”, y “forma” es lo que define algo como tal, lo que hace que algo sea eso y no otra cosa. Así, pues, la formación humana es la permanente construcción del ser de la persona, la manera particular de ser *sí mismo*. Dicha construcción, es un proceso que se genera y se dinamiza a través de acciones orientadas hacia la transformación de los sujetos; por ello afirma Barbier que “las actividades de formación hacen

parte de las actividades o de los procesos más generales de transformación de los individuos". Estas acciones, orientadas hacia la transformación de los sujetos, son el resultado de la educación; es decir, formación es el resultado de la educación y la educación; consiste en ayudar a los sujetos a formarse; la finalidad de la educación es pues, la formación de los sujetos⁸.

4. FORMACIÓN E INSTRUMENTALIZACIÓN

En la práctica, la formación apuntaría al desarrollo de capacidades naturales del hombre. Todo ocurre como si ella existiese sólo con relación a un contenido: formación para "algo", Formación en un "campo profesional". La formación se enfoca desde lo externo, desde la exterioridad. Se aprende, se brinda, se da o se recibe. También, la formación aparece como el reacomodo de las capacidades del sujeto. En este sentido se habla de formación interna. Se trata entonces de formar "para" algo o "en algo", presupuesto que nos parece, ha orientado la formación en actos. De otro modo, la formación "para algo" constituye la mejor forma de restarle toda la carga hermenéutica al concepto, pues reduciéndolo a la simple adecuación de medios, se le sustrae toda la importancia cultural, social y de experiencia que tal noción admite. Ha sido la instrumentalización la que ha originado una forma práctica de ocultar el carácter y el tacto de la formación. Más aún, la formación no puede sino ser percibida como un campo de objetos que remiten al logro de unas finalidades específicas. Estas son del orden profesional y práctico. En las primeras se reacomoda toda la carga sustantiva del conocimiento, en las segundas se expresa el cumplimiento del logro. Por ello, advertimos que si bien la formación aparece como un concepto de experiencia, invisible y, por lo tanto, enérgico a la luz de las prácticas y devenir del sujeto, su instrumentalización impide ser asumida como experiencia.

Lo anterior cobra mayor fuerza cuando encontramos en teóricos como Honoré (1980) y Ferry (1991) que la formación es considerada, desde el punto de vista de la exterioridad, como algo "para" o algo que se "tiene" o es "adquirido". Así, cuando se habla de formación docente, el concepto está ligado a un contenido que la precisa, la delimita. Por ejemplo, las competencias que han de adquirir los profesores universitarios en el desempeño de su profesión (Zabalza, 2003). El sólo hecho de reconocer y ponderar el dominio de competencias afectivas, comunicativas, etc., es registrar la necesidad de conferirle al sujeto docente un conjunto de elementos necesarios para el ejercicio de la enseñanza. Por fuera de tales elementos, pareciera imposible decir hasta dónde un profesor está lo suficientemente formado para actuar, profesionalmente, en la educación superior.

Honore, y Ferry consideran los tipos de discurso que sustentan la formación. En primer lugar: "la formación como una función social de transmisión del saber, como suele decirse del saber-hacer o del saber-ser, que

⁸Citado por Honoré, Bernard. (1980). Para una teoría de la formación. Dinámica de la normatividad. Madrid, Morata.

se ejerce en beneficio del sistema socioeconómico, más generalmente, de la cultura dominante" (Ferry, 1991, 50). Cuando se aduce, con bastante frecuencia, la formación como una necesidad imperante ante nuevas condiciones sociales y económicas, cabe preguntarse cuál es el papel de los individuos en las situaciones de trabajo y de vida marcadas por tales cambios. La formación pone énfasis en las necesidades del sistema y del modelo de desarrollo económico. En el ámbito educativo, ese "saber hacer" está imbricado en discursos sobre la formación con referencia a la autoestructuración, al desarrollo de la persona y a su interioridad. Quiera o no, el sujeto de la formación (en este caso al docente) se le exige no sólo la adquisición de ciertas habilidades o poseer determinados conocimientos, sino también la transformación de actitudes, el cambio de visión de su propia práctica. A menudo, y desde la óptica reproductorista, se hace sumo hincapié en la crítica a los aspectos autoritarios de su función. La formación es vista así como una característica de la persona, en la que se realiza la unidad entre ella y el rol social.

En segundo lugar, Ferry considera a la formación como una institución. Se trata de la conformación de todo un aparato: proyectos, programas, certificaciones, prácticas diversas, los encargados de realizar la formación, etc. El progresivo desarrollo de los programas de formación docente y, en especial, su tendencia a constituir programas formales (con las certificaciones correspondientes, ya sea a nivel de especialización o maestría en docencia o en Educación Superior), ha acentuado esta visión de la formación, en especial en el ámbito de la Educación Superior. En nuestro medio, este último planteamiento lo identificamos en Díaz Mario al afirmar que

"la formación se refiere al proceso de generación y desarrollo de competencias especializadas, cognitivas y socio-afectivas, que producen diferencias de especialización entre los individuos: es decir, a la posibilidad de realización social, intelectual y personal del sujeto, de su crecimiento" (1998, 111).

Aquí, la formación se asimila a la internalización de conocimientos, modos de relación, actitudes, valores; en concreto, a la estructuración y desarrollo del conocimiento o del carácter, conducta y maneras de actuar en diferentes campos.

Desde el punto de vista institucional, la formación

"implica la existencia de agencias o instancias organizadas institucionalmente por un conjunto de proyectos, programas, certificaciones, prácticas diversas, agentes de formación, unidades académicas responsables, etc. En este sentido, es posible decir que, institucionalmente, la formación es el medio a través del cual las competencias que se transmiten adoptan una forma curricular especializada y se expresan a través de diferentes programas de formación, en diversos campos del saber y de la práctica" (Díaz, 1998, 112).

Apuntando a una caracterización de ese proceso denominado formación, Honoré (1980) describe una dinámica que refleja, de algún modo, la esencia misma del concepto: *"la formación puede ser concebida como una actividad por la cual se busca, con el otro, las condiciones para que un saber recibido del*

exterior, luego interiorizado, pueda ser superado y exteriorizado de nuevo, bajo una nueva forma, enriquecido, con significado en una nueva actividad". En otros términos, el proceso de formación se da en una dinámica exterioridad-interioridad-exterioridad, que transforma no sólo a los individuos, sino a la colectividad de la que éstos forman parte y a la cultura que construyen.

L'hotellier, citado por Honore, señala que "la formación es la capacidad de transformar en experiencia significativa los acontecimientos cotidianos, en el horizonte de un proyecto personal y colectivo" (Honore, 1980, 20), luego, la formación no es algo que se adquiere de una vez por todas, que es posesión de algunos, o que se consigue sólo con un título profesional; es una especie de función propia del ser humano, que se cultiva y puede desarrollarse, que no está sujeta a temporalidades o edades específicas. Se trata de una función evolutiva que se ejerce según un cierto proceso y desencadena la experiencia constitutiva del ser.

En general, diremos, que la amplitud de la dimensión del concepto de formación, que parece involucrar prácticamente la esencia de la vida del hombre, trata nada menos que del proceso mediante el cual se da el desarrollo global de sus potencialidades en una dinámica que es, al mismo tiempo, personificación y socialización. En segundo lugar, el énfasis en el proceso o en las acciones. Aunque los autores hasta ahora citados parecen aportar hacia una visión coincidente de la formación, unos centran el significado del concepto en la formación como "función o capacidad del hombre", otros en la formación como "actividad"; unos ponen el énfasis en lo que se vive en el proceso de formación, mientras que otros lo hacen en las acciones que generan dicho proceso. Esto último nos lleva a establecer, como objeto de nuestro trabajo teórico, una distinción entre formación y actividades de formación. Mientras la primera alude al proceso evolutivo que el hombre vive, orientado hacia el ejercicio de sus potencialidades en una dinámica como la descrita en párrafos anteriores; la segunda hace referencia al conjunto de mediaciones que genera y dinamiza dicho proceso. En tercer lugar, se reconocen los múltiples ámbitos de la formación.

En contraposición a la idea muy generalizada de que el hombre es sujeto de formación sólo en tanto tiene que estar preparado para un desempeño profesional, la formación es el resultado que compromete todas las dimensiones de la vida del hombre: el desarrollo personal, las relaciones sociales e institucionales, el trabajo, la cultura, etc., en tanto que, en todos estos ámbitos, éste encuentra y/o puede propiciar experiencias formativas. Esto nos remite a la experiencia como "materia prima" a partir de la cual se generan y dinamizan los procesos formativos. Por esto mismo, el aporte de L'hotellier (1974) es supremamente importante para nuestro caso, pues "*la formación es un proceso que va de una experiencia a su elucidación en común, de una originalidad a su profundización por una confrontación de una diferencia con la instauración de un conocimiento recíproco*". Es a partir de la reflexión sobre la experiencia personal y compartida (inter-experiencia), que se abre la posibilidad de convertir las vivencias cotidianas en experiencias de formación; esa unión de la acción con el

pensamiento, por vía de la reflexión, resulta una mediación fundamental en los procesos de formación.

Finalmente, hemos hecho referencia a la formación para designar un proceso propio del ser humano que caracterizamos como la función humana de la evolución, orientada por fines considerados como relevantes para el pleno desarrollo armónico del ser. Este rasgo humanista compite, de forma directa, con aquel de la instrumentalización. Mientras el primero busca dar cuenta de la experiencia como forma práctica del devenir, el segundo se afana por identificar el recurso técnico que lo materialice, a través de la objetividad del acto, las formas complejas de la experiencia. Esto último lo encontramos mejor expuesto en la idea de formación que nos presenta Avanzini (1996):

“la formación es la actividad encaminada a conferir al sujeto una competencia, que es, por un lado, precisa y limitada, y por otro, predetermina, es decir, cuyo uso está previsto antes de la formación y llevado a seguirla...” (p. 64).

En consecuencia, lo planteado hasta ahora nos lleva a afirmar que, en cuanto constitutiva de la condición humana, la formación se va dando, no es un objetivo perentoriamente planificado, establecido con antelación en los recursos del poder de la ciencia y sus prácticas de transmisión, sino que es la temática reflexiva del educador. Al decir de Beillerot, “la formación es también el tiempo de la reflexión, es en formación y por formación que se aprende, se ejerce, se prueba este enorme poder del hombre de reflexionar”⁹. En consecuencia, podríamos decir que la formación conduce al hombre a tomar en consideración problemas de finalidad, es decir, a su conocimiento y al descubrimiento de la posibilidad de elección y del proyecto que lo haría posible. En otras palabras, la formación pregunta por el hombre y hace posible su crecimiento y pleno desarrollo -entendido como cuerpo y espíritu-; lo que ya es, de algún modo, el complemento histórico de la pregunta que no cesa de interrogarse desde el concepto de educar. Cierto, la cuestión sobre el hombre ha trazado unos senderos muy largos, al punto en que ha atravesado toda la historia educativa de Occidente¹⁰. De otro modo, la formación es siempre en relación a “algo”, una situación, un objeto, una transformación, una temporalidad, la templanza y el carácter que la virtud induce.

En síntesis, formación es la experiencia como capacidad de reflexión sobre la historia misma del sujeto. De esta manera, la formación aparece menos como un objeto definido y más como la experiencia promovida en el acto a través de hechos precisos. En cada una de las posturas señaladas, observamos que la formación adquiere el estatuto de concepto a través del cual se busca dar cuenta de problemas, enfocados de modo muy diverso, en sus tradiciones intelectuales específicas, y que se refieren a la educación, la pedagogía, la

⁹ En Develay Michel. (1996). *Peut-on former les enseignants?* ESF Éditeur, París.

¹⁰ Fullat Octavio. (1997). *Antropología filosófica de la educación*, Barcelona, Ariel Educación. Este texto tiene la virtud de mostrarnos la idea que soporta la educación. Esta reconoce la pregunta por el hombre, la cual no cesa de tener lugar en Occidente. Ella ha estructurado la educación y sus sistemas de aplicación.

didáctica, la formación, la escuela, las ciencias, las artes y las disciplinas. Estas particularidades, entre muchas otras y entre problemas particulares, señalan cómo la formación y la enseñanza para titular un profesor giran entre conocimiento y experiencia.

Todo lo anterior nos lleva a interrogar la "estructura" de la formación de los docentes universitarios. Pensar en nuevos modelos de formación implica un giro en la manera de enfocar y concebir la formación y, particularmente, los procesos de enseñanza y aprendizaje en el ámbito universitario, y desplegar desde esta institución modelos para las otras instituciones de nivel inferior. De allí que las prácticas de formación de profesores universitarios se conviertan en un espacio obligado para la discusión, análisis y confrontación de los problemas que enfrenta la cultura académica y profesional en la Universidad hoy. De esta manera, la formación puede dejar de ser reducida a la *instrumentalización de técnicas y metodologismos* de enseñanza para llegar a ser el lugar de la experiencia y de la construcción de disciplinas, saberes y ciencias.

Referencias bibliográficas

- Campo, R. y Restrepo, M.L. (1999). *Formación integral. Modalidad de educación posibilitadora de lo humano*. Santafé de Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Develay M. (1996). *Peut-on former les enseignants?* París: ESF Éditeur
- Develay, M. (1987). *Peut-on former les enseignants?*. París: Esf.
- Díaz Barriga, A. (1993). *Didáctica y currículo*. México: Paidós educador
- Díaz, M. (1998). *Formación de educadores y educación superior en Colombia*. En *La formación académica y la práctica pedagógica*. Santa Fe de Bogotá: ICFES,
- Dolto, F. (1985). *La cause des enfants*. Paris: Robert Laffont.
- Ferry, G. (1991). *El trayecto de la formación. Los profesores entre la teoría y la práctica*, México: Paidós educador.
- Ferry, L. y Didier, V.J. (2001). *¿Qué es el hombre?*, España, Taurus.
- Flórez Ochoa, R. (1990) Abrirle paso al nuevo maestro. *Revista Educación y pedagogía*, Vol. 1.
- Gadamer, H.G. (2001). *Tomo I. Verdad y Método*. Salamanca: Sígueme.
- Honoré, B. (1980). *Para una teoría de la formación. Dinámica de la normatividad*. Madrid, Morata.
- kant E. (1974). *Réflexions sur l'éducation*, Paris, Vrin.
- L'Hotellier, A. (1974). La formation en question. In *Formation I*. Paris: Payot.
- Larrosa, J. (1994). *Trayectos, escrituras, metamorfosis (la idea de formación en la novela)*. Barcelona: PPU.
- Meirieu Ph. (2000). Praxis pédagogique et pensée de la pédagogie, en Ph. Meirieu e J.P. Pourtois. *Con la scuola per la dignità, Incontro*, Atti: Centro didactico cantonale, Ticino
- Mora Ferrater J. (2001). Diccionario de Filosofía (pp. 852), Barcelona, Ariel Filosofía.
- Mora Ferrater, J. (2001). *Diccionario de Filosofía*. Barcelona: Ariel Filosofía.
- Pourtois, J.P. y Desmet, H. (2000). Les fondements du processus éducatif; en Ph. Meirieu e J.P. Pourtois. *Con la scuola per la dignità, Incontro*, Atti: Centro didactico cantonale, Ticino
- Quiceno, H. (1995). *El Instituto de Pedagogía: experiencia y experimentación*, ASONEN, Hacia el rescate de la pedagogía. Memorias. Editorial Universidad de Antioquia, Medellín.
- Quiceno, H. (1996). Rouseau y el concepto de formación. *Revista Educación y Pedagogía*. Vol.7

Reboul, O. (1989). *Philosophie de l'éducation*. Paris: Puf.

Sunkel, G. et. al. (1999). *El consumo cultural en América Latina*, Santafé de Bogotá: Convenio Andres Bello.

Tardif, M. (2003). *Los saberes del docente y su desarrollo profesional*, Barcelona: Narcea.

Zabalza, M.A. (2003). *Competencias docentes del profesorado universitario: Calidad y desarrollo profesional*, Madrid: Narcea.